

NEW LEFT REVIEW 95

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE - DICIEMBRE 2015

ARTÍCULO

WOLFGANG STREECK

¿Por qué el euro divide a Europa?

NUEVAS MASAS

ZHANNA ANDREASYAN
y GEORGI DERLUGUIAN
DANIEL FINN

Protestas por el precio del
combustible en Armenia
Las guerras del agua en Irlanda

ARTÍCULOS

PAIK NAK-CHUNG
FREDRIC JAMESON
CLAUDIO MAGRIS

El doble proyecto de la modernidad
Una relectura de *Vida y destino*
La novela como criptograma

CRÍTICA

DYLAN RILEY
EMILIE BICKERTON
TONY WOOD
ROBIN BLACKBURN

¿La propiedad guiando al pueblo?
Just Remember This
Las vidas de Dzhughashvili
Oro blanco, trabajadores negros

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES
LA UNIVERSIDAD DE POSGRADO DEL ESTADO



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

EL DOBLE PROYECTO DE LA MODERNIDAD

DADO QUE LA modernidad es un fenómeno planetario, la noción del «doble proyecto de adaptarse a la modernidad y superarla simultáneamente» debería ser aplicable en todo el mundo¹. Mi análisis hará referencia, sin embargo, a la península de Corea y, más brevemente, a Japón y China. Las lenguas del este asiático están mejor dotadas que sus principales homólogas europeas por tener dos términos distintos para referirse a «moderno»: *jindai* (en chino; en japonés, *kindai*; en coreano, *kūndae*; las tres usan los mismos caracteres chinos) para indicar el periodo histórico que sigue a la era medieval o premoderna, y *xiandai* (en japonés *gendai*; en coreano, *hyōndae*) para «moderno» entendido como algo muy reciente o contemporáneo. Por supuesto, puede no existir una línea de separación precisa entre *jindai* y *xiandai* si uno define la era moderna como la edad del capitalismo, que se extiende hasta el presente y, por lo tanto, abarca *xiandai*. Estas lenguas permiten hacer otra distinción. Al combinar los sustantivos con *xing* (en japonés, *sei*; en coreano, *sōng*), que significa «cualidades» o «características», pueden diferenciar entre «modernidad» entendida como periodo histórico y «modernidad» en referencia a las características de ese tiempo². Por otra parte, no poseen una palabra única que capte todos estos significados simultáneamente.

¹ Véase mi artículo titulado «Coloniality in Korea and a South Korean project for Overcoming Modernity», en *Interventions*, vol. 2, núm. 1, 2000. La primera versión del actual ensayo se presentó en el III Congreso Académico de la Primera Bienal de Asia «SEARCH: Asia», organizada por el Museo de Arte de Guangdong, Guangzhou, China, el 11 de octubre de 2014. Una versión revisada se pronunció en una serie de conferencias sobre «modernidad» patrocinadas por la NAVER Cultural Foundation, en Seúl, Corea, el 22 de noviembre de 2014.

² Es decir, *jindai* frente a *jindaixing* y *xinandai* frente a *xinandaixing*, en chino; *kindai* frente a *kindaisei* y *gendai* frente a *gendaisei*, en japonés, etcétera.

Ni siquiera los propios hablantes de lenguas del este asiático han aprovechado todo su potencial lingüístico para establecer distinciones precisas. Hay inevitables usos individuales descuidados, pero la política (o convención) china de decir *xiandai* o *xiandaixing*, cuando debería decirse *jindai* o *jindaixing*, presenta un problema de otro orden. Refleja la periodización en la historiografía oficial de la República Popular China (RPC), de acuerdo con la cual el Movimiento Cuatro de Mayo de 1919 marca el paso de *jindai* a *xiandai*, que a su vez da lugar a *dangdai* (contemporáneo) en 1949. Ayudaría a la claridad conceptual general reservar *jindai* y *jindaixing* para el periodo histórico y sus características, y *xiandai* y *xiandaixing* en referencia a la fase más reciente de ese periodo y la cualidad de ser igual a los nuevos tiempos. La «modernidad» de mi título significaría, en consecuencia, *jindai*, mientras que el llamamiento de Rimbaud, «Il faut être absolument moderne!», invitaría a ser fiel al presente vivo (*xiandai*), no a cumplir plenamente con la modernidad capitalista (*jindai*).

Ambivalencias modernas

Incluso aunque se acuerde hacer equivaler «modernidad» con «el propio capitalismo mundial»³, la cuestión de cuándo empezó suscita respuestas que llegan a diferir doscientos años: el lapso de tiempo transcurrido entre la revolución agrícola del siglo XVI y (todavía la opción más probable) el nacimiento del capitalismo industrial. Esta divergencia tiende a implicar distintos puntos de vista sobre las características de la era capitalista (*jindaixing*), además de su datación. La historia en cuatro volúmenes de Hobsbawm ejemplifica uno de esos puntos de vista, más o menos compartido por la ortodoxia liberal: la era de la doble revolución (política en Francia, industrial en Reino Unido), seguida por la del capital, la de los imperios y la de los «extremos». Si, por el contrario, con Braudel, Wallerstein y otros autores, situamos el ascenso del capitalismo en el siglo XVI, la era del capital *precede* a las dos revoluciones; y si, de acuerdo con importantes interlocutores como Enrique Dussel y Aníbal Quijano, vemos la modernidad capitalista como algo prácticamente coincidente en el tiempo con la explotación colonial y neocolonial, se podría decir que toda la Era Moderna constituye una época de revolución, imperio y extremos, así como del capital.

³ Fredric Jameson, *A Singular Modernity*, Londres y Nueva York, 2002, p. 12 [ed. cast.: *Una modernidad singular. Ensayo sobre la ontología del presente*, Barcelona, 2004].

Comparto la última de estas orientaciones y, de hecho, no afirmo que la noción de «doble proyecto» sea completamente nueva. El término «transmodernidad» empleado por Dussel expresa una idea similar, en la medida en la que concibe «un proyecto de superar el propio sistema-mundo desarrollado desde hace quinientos años», y aplica a la ética de liberación el calificativo de «transmoderna (porque los posmodernos siguen siendo eurocéntricos)»⁴. Pero el prefijo *trans* parece aquí fuertemente dirigido a *superar* la modernidad, y menos preocupado por las exigencias de avanzar *a través* de ella; y en esa medida Dussel no captó adecuadamente el doble aspecto de adaptación y superación. Podemos de hecho volver a Marx para encontrar una anticipación más completa de un «doble proyecto», en su reconocimiento casi celebratorio de la transformación revolucionaria del mundo por parte de la burguesía, combinada con un claro objetivo de transformar a su vez ese nuevo mundo. Por extensión, aquellos que abrazaron el proyecto del *Manifiesto comunista* y adoptan la dialéctica materialista pueden contarse entre quienes trabajan para la simultánea adaptación a la modernidad y superación de la misma, aunque, naturalmente, con resultados que siguen siendo objeto de examen.

En mi propio caso, la noción de «doble proyecto» no tiene sus raíces tanto en dichas reflexiones como en la ambivalencia experimentada hacia las literaturas nacionales recibidas de Occidente por aquellos que participamos en el «movimiento literario nacional» de Corea del Sur desde comienzos de la década de 1970: el deseo de emular sus logros coexistía con la urgente necesidad de resistirnos a ellos, por tratarse de herramientas de la dominación colonial y neocolonial⁵. Estos sentimientos encontrados respecto a la modernidad han sido comunes entre muchos de los pioneros de la literatura moderna en el este asiático, como Natsume Sôseki (1867-1916) en Japón, Lu Xun (1881-1936) en China y Yöm Sangsöp (1897-1963) en Corea. Puede ser incluso una característica compartida por todas las grandes obras de la literatura moderna, como tenemos cierta razón para creer y buenas razones para esperar, porque si una hipótesis tan amplia lograra convencer, la idea del «doble proyecto» a escala mundial se fortalecería enormemente. La calificación específica, sin embargo, derivaba del entonces actual debate sobre

⁴ Enrique Dussel, «Beyond Eurocentrism», en Fredric Jameson y Masao Miyoshi (eds.), *The Cultures of Globalization*, Durham (NC), 1998, p. 19.

⁵ Véase una retrospectiva en Paik Nak-chung, «The Idea of a Korean National Literature Then and Now», *Positions: Asia Critique*, vol. 1, núm. 3, invierno de 1993.

movimiento moderno/posmoderno en Corea del Sur. Los modernos desde un punto de vista estético, como Rimbaud, eran principalmente críticos vigorosos de la modernidad capitalista –en neto contraste con los promotores de la «modernización» social–, pero a menudo ha sido dudoso que su anticapitalismo estuviese suficientemente arraigado en una comprensión adecuada de las realidades modernas y fuese, por lo tanto, capaz de superarlas de hecho. Los autodenominados posmodernos, que creían haber superado incluso los límites de los estéticamente modernos (por no mencionar de los defensores de la modernización), se deslizaban con demasiada facilidad hacia la afirmación de haber superado de hecho la modernidad y entrado en una era literalmente posmoderna. Esto delataba una subestimación del perdurable poder de la modernidad capitalista, y a menudo acabó en una virtual acomodación a su cultura consumista. Por supuesto, esta acusación no puede plantearse contra todos los teóricos del movimiento posmoderno. El propio título de Fredric Jameson, *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado* (1991), deja claro que considera el capitalismo una realidad muy persistente. Pero el propio Jameson suscita confusión al desplegar el elemento «moderno» de su «posmodernidad» en un sentido diferente de la definición general que él mismo plantea de la modernidad como el «propio capitalismo mundial»⁶.

En todo caso, parecía aconsejable definir una posición que difiera tanto de los modernizadores convencionales, que veían la adaptación a la modernidad como el logro inequívoco al que debía aspirarse, como de los anticapitalistas (ya se llamasen posmodernos, socialistas o adoptasen cualquier otra denominación), cuyos esfuerzos por superar la modernidad no tenían consecuencias en la práctica real, ya que no conceptualizaban adecuadamente las realidades capitalistas. Evitar la palabra *logro* era una opción deliberada. A pesar de que alcanzar los rasgos más deseables –o, en todo caso, necesarios– de la Edad Moderna

⁶ Respecto a esta ambigüedad y los problemas que puede causar, véase Paik Nak-chung, «A Singular Modernity, Plural Postmodernisms, and a Double Project», artículo presentado en el Holberg Prize Symposium de 2008 en honor a Fredric Jameson, disponible en en.changbi.com/articles/228/. La utilización del concepto de posmodernidad por parte de Perry Anderson tampoco puede ser sospechosa de acomodación a la cultura de consumo capitalista, pero él, de modo similar, parece plantear en *Los orígenes de la posmodernidad* (1998) una «modernidad» diferente de la adoptada en «Modernity and Revolution», un artículo anterior en el que concluye lo siguiente: «La vocación de una revolución socialista, en ese sentido, no sería la de prolongar o consumir la modernidad, sino la de abolirla». Véase NLR 1/144, marzo-abril de 1984, p. 113.

constituye una gran parte de la adaptación, la modernidad no debería prejugarse como algo digno de alcanzar, sino, por el contrario, como algo usualmente impuesto a las personas para que lo vivan y lo soporten. «El doble proyecto de adaptarse a la modernidad y simultáneamente superarla» emergió, por consiguiente, como la formulación actual y se ofreció en sí como una prueba crucial para evaluar la idoneidad de diversas prácticas políticas, sociales y artísticas de nuestro tiempo.

Superar la división de Corea

La división de la península de Corea, que desde el final de la guerra de 1953 ha adoptado ciertos rasgos «sistémicos»⁷, presenta un fenómeno sin parangón en el mundo. También presenta, sin embargo, un típico caso de doble proyecto. Los rasgos distintivos de la modernidad incluyen normalmente: un Estado-nación moderno, participación efectiva en el mercado mundial y una sociedad que despliega alguno o la mayoría de los «valores modernos». Estos últimos son un tema muy polémico, y a menudo se equiparan erróneamente con la modernidad propiamente dicha. Pero si quisiéramos interpretarlos aproximadamente como valores en general positivos y compartidos por las sociedades modernas, incluirían la democracia política (o procedimental), la ciencia moderna, la emancipación del individuo, y algo llamado una «cultura nacional». Comparada con esos rasgos, Corea presenta un expediente notablemente desigual.

Por una parte, la nación coreana (o protonación, si preferimos limitar el término *nación* a la población de un Estado-nación moderno) existe desde hace más de un milenio, con una cultura nacional específica; y tanto Corea del Norte como Corea del Sur han alcanzado considerables niveles de industrialización y desarrollo económico, aunque en décadas recientes Corea del Norte ha sufrido graves reveses. Por otra parte, nunca ha adquirido un Estado unificado moderno, pasando directamente de la monarquía premoderna al dominio colonial japonés en 1910 y, después, de colonia a nación dividida en 1945, y ninguna de las entidades coreanas resultantes puede considerarse —a pesar de las afirmaciones de sus respectivas clases dominantes— un Estado-nación *normal*, sino un Estado defectuoso en un sentido precisamente definible. Para empezar, cada parte afirma que su homóloga no es un

⁷ Véase, por ejemplo, Paik Nak-chung, *The Division System in Crisis: Essays on Contemporary Korea*, Berkeley, 2011.

Estado regular, sino una entidad que debe situarse bajo su dominio o al menos reunificarse con ella. Los dos gobiernos coreanos incluso firmaron un acuerdo formal (el Acuerdo Básico Norte-Sur de 1992) en el que declaraban que su relación mutua no era la que se da «entre país y país, sino una relación especial formada provisionalmente durante el proceso conducente a la unificación». Existe, además, una clara discrepancia entre el Artículo 3 de la Constitución de la República de Corea (Corea del Sur), que define su territorio nacional como «la península coreana y sus islas anexas» y la realidad de su soberanía, que se limita al sur de la Línea de Demarcación Militar, el dispositivo de un armisticio, no una frontera nacional internacionalmente reconocida. Una situación similar rige para la República Popular de Corea (Corea del Norte). Ambas sufren, así, una deficiencia o incompletitud en lo que a un Estado-nación moderno se refiere.

Pero en qué medida estos Estados *defectuosos* son también *infractores* es otra cuestión. Corea del Norte recibe con frecuencia el calificativo de «Estado canalla» o «fallido», y dichas acusaciones van más allá de llamarlo Estado truncado para cuestionar su *calidad*, medida en valores tales como los derechos humanos, el imperio de la ley y el nivel de vida. Corea del Sur está también acusada con frecuencia de cometer infracciones, en especial porque su proceso de democratización ha sufrido también graves reveses desde el comienzo del gobierno de Lee Myung-bak, en 2008. ¿Hasta qué punto pueden estos sustanciales incumplimientos –en la medida en que existen– relacionarse con una carencia más formalmente definida?

Un Estado defectuoso y un Estado infractor son dos cosas distintas. Pero en Corea la división que produjo el Estado defectuoso fue impuesta por potencias extranjeras contra los deseos de una abrumadora mayoría de los coreanos. Esto no solo presenta un contraste con la disociación en gran medida amistosa de la antigua Checoslovaquia en 1993, sino incluso con la división de Alemania después de la Segunda Guerra Mundial. Si la partición de Alemania fue, también, impuesta por las potencias aliadas victoriosas, tenía la justificación de sancionar al agresor e impedir una nueva amenaza desde el mismo país, y obtuvo al menos la aquiescencia de un gran número de alemanes. La partición no democrática y heterónoma de la península de Corea, sin embargo, tenía por fuerza que crear regímenes con graves problemas en relación con la democracia y la autonomía nacional. El propio establecimiento de regímenes separados

en 1948 supuso una sangrienta represión interna –muy notablemente, la aniquilación de la población de la isla de Jeju en la primavera y el verano anteriores a la formación del gobierno surcoreano– y condujo a una catastrófica guerra civil en 1950-1953.

No es que la democracia y la autonomía sufriesen en el mismo grado en ambos lados, o sin variación en cualquiera de los casos a lo largo del tiempo. No debemos suponer, ante todo, que en la Corea dividida, un sistema que, aunque creado injustamente y basado en un tratado de armisticio inestable, ha impedido al menos el estallido de guerras durante aproximadamente sesenta años, cumpliendo así con el deseo popular casi unánime de «no más guerra», solo hayan ocurrido cosas malas. Asimismo, los Estados defectuosos del Sur y del Norte aprovecharon en ciertos sentidos la división para disciplinar a sus poblaciones en favor del desarrollo económico en una fase inicial. Ahora, sin embargo, hasta esas ventajas han desaparecido en gran medida, al tener que ajustarse las economías nacionales a una nueva fase de la economía planetaria. La afirmación de que Corea del Norte es una «república popular democrática» no suscita mucha credibilidad hoy en día, a medida que despliega crecientemente las características de una monarquía dinástica. Incluso en el Sur, donde la ardua lucha popular provocó el fin de la dictadura en 1987, la democracia siempre ha sido precaria y corre ahora un grave riesgo de destrucción; y la brecha entre pobres y (un número muy reducido de) ricos ha crecido hasta un grado alarmante.

Corea del Sur se encuentra mucho peor en lo que a la autonomía nacional se refiere. Su aclamada economía padece de inestabilidad debido a la excesiva dependencia de los mercados extranjeros y del capital mundial; su política exterior sigue estando profundamente influida por Estados Unidos; y carece de soberanía militar, de tal modo que el control operativo bélico de sus tropas permanece –indefinidamente, parece, tras una reciente decisión gubernamental– en manos estadounidenses. En comparación, Corea del Norte puede jactarse de un elevado grado de independencia en política exterior y militar. Si la *autonomía* se entiende, no obstante, en el sentido más amplio de la capacidad de hacer lo que una nación desea y necesita hacer, el régimen está gravemente limitado tanto por las presiones derivadas de otros aspectos del sistema de división (incluidas las sanciones internacionales) como por las rigideces no democráticas de su funcionamiento interno.

Se debe a estos rasgos preponderantemente negativos del sistema, no al nacionalismo coreano ni al principio de «una nación, un Estado», el que esa reunificación de la península emerja como un objetivo necesario, pero definido como superación del sistema actual y construcción de uno mejor. No obstante, la cruda realidad es que la unificación no se ha producido durante casi setenta años. En otras palabras, la senda hacia la modernidad mediante la participación adaptativa y «normal» en el moderno sistema interestatal ha estado todo ese tiempo bloqueada. No parece probable que las dos Coreas formen un Estado-nación unitario en una fecha cercana, y podemos incluso dudar de que debiera perseguirse ese resultado.

Pero sigue siendo cierto otro dato que parece haberse desvanecido de la memoria de muchos coreanos y probablemente nunca haya sido muy percibido por los extranjeros. En la cumbre Norte-Sur celebrada en junio de 2000 en Pionyang, los dos dirigentes, Kim Dae-jung y Kim Jong-il, acordaron *no* perseguir una reunificación acelerada. Su alternativa preferida era un proceso de reconciliación y reintegración gradual –y por *fases*– que pasase por una etapa en cierto modo equivalente a «la propuesta de una unión de Estados planteada por el Sur o la federación de bajo nivel propuesta por el Norte». Es cierto que la aplicación del acuerdo (Artículo 2 de la Declaración Conjunta del 15 de junio) se ha visto entorpecida por diversos factores. Aun así, este diseño alternativo ha abierto la vía a un proceso de adaptación a la modernidad cualitativamente diferente al de alcanzar con retraso un Estado-nación *normal*.

Por supuesto, una reunificación gradual podría representar un proyecto más pragmático, pero no por fuerza cualitativamente diferente. Sin embargo, la decisión de proseguirla mediante etapas intermedias, sin especificar incluso cuál será la etapa posterior a la de una unión laxa, mucho menos el destino final, abre un espacio de participación popular para influir en la dirección, el ritmo y la calidad del proceso. Si esa participación es vigorosa y bien calculada, ayudará a producir resultados más adaptados a las necesidades reales de la población de la península y congruentes con la evolución de los puntos de vista de la ciudadanía mundial y regional. En mi opinión, estos resultados no incluirán un Estado-nación *normal* (ya sea unitario o federativo), algo que se está volviendo cada vez más desacreditado como modo ideal de

organización política y, en la realidad dada de la península, probablemente imposible de cualquier modo, incluso a largo plazo⁸.

Sean cuales sean las dificultades y los actos ilícitos del régimen de Pionyang, en un futuro predecible persistirán al menos dos diferencias destacadas respecto al precedente alemán: la capacidad militar de la República Popular de Corea del Norte para resistirse a una anexión indeseada, de la que perceptiblemente carecía Alemania Oriental, y la determinación y la voluntad de China de impedir otra presencia amenazadora junto a su frontera⁹. Solo un nuevo tipo de Estado federal, que respondiese a las necesidades populares y se mostrase abierto a la colaboración con sus vecinos, tendría posibilidad de prosperar, y en eso, quizá, radica la promesa de un nuevo modelo para la región. Las repercusiones planetarias serán también amplias. Si definimos la Guerra Fría como algo de mayores dimensiones y más duradero que la Guerra Fría Este-Oeste, es decir, como una disposición global de las potencias hegemónicas para establecer el control sobre sus aliados y el Tercer Mundo (en complicidad virtual con la Unión Soviética como socio menor), entonces la división de Corea puede considerarse incluso más significativa para dicha Guerra Fría que la de Alemania; y la promesa de reunificación, un golpe consiguientemente perjudicial para el actual orden global¹⁰.

⁸ El Estado-nación sigue siendo un agente poderoso y altamente útil del sistema-mundo capitalista. Pero su afirmación de que representa a toda la nación, debatible desde el principio, es aún más tenue hoy en día a medida que se parece cada vez más a la definición que el *Manifiesto comunista* hace del Estado moderno como «el consejo de administración para gestionar los asuntos comunes de toda la burguesía». Al mismo tiempo, se ha establecido en Bruselas un ejecutivo que encaja en esa descripción, eludiendo aún más otras funciones más genuinamente nacionales de los Estados en Europa, la sede clásica de los Estados-nación. Esta situación ha provocado fuertes reacciones populares, que en mi opinión no tienen mucha probabilidad de solución en la simple resucitación del ideal del Estado-nación.

⁹ De acuerdo con Henry Kissinger, la decisión adoptada por la nueva China de enviar a sus tropas mal equipadas a Corea en 1950 se tomó «mucho antes de que las fuerzas estadounidenses y surcoreanas se hubiesen trasladado al norte del paralelo 38», porque Mao Zedong asumió que «a no ser que interviniese China, Corea del Norte quedaría derrotada». Esta intervención, llegó a afirmar Kissinger, «expresaba también la función crucial que Corea desempeñó en los cálculos de China a largo plazo, una condición incluso más relevante en el mundo contemporáneo» (Henry Kissinger, *On China*, Nueva York, 2011, pp. 134, 137).

¹⁰ Paik Nak-chung, «The “third party” in inter-Korean relations and its potential contribution to modern Asian thought», *Inter-Asia Cultural Studies*, vol. 15, núm. 1, 2014.

Los casos de Japón y China

De este modo, la superación del sistema coreano constituiría un «doble proyecto». Para que la idea pueda considerarse un *concepto*, sin embargo, y no una etiqueta retórica para una agenda estrictamente coreana, debe ser aplicable a un área más amplia. Observando la historia japonesa moderna, observamos que la adaptación a la modernidad con poca intención de superarla —ejemplificada por el proyecto de Fukuzawa Yukichi de «abandonar Asia y unirse a Europa» (*datsua nyûô*)— caracterizó la política nacional de Japón desde los primeros años de la dinastía Meiji. En esta empresa imperial, Japón cosechó un éxito fenomenal en muchos aspectos, hasta la devastadora derrota de la Segunda Guerra Mundial. El hecho de que luchase contra las potencias occidentales no cambiaría la naturaleza esencial del proyecto, y mostraba, por el contrario, que Japón las había emulado tan bien como para lanzar una gran guerra imperialista por sí solo. Por la misma razón, el proyecto de construir una esfera de coprosperidad de la Gran Asia representaba una extrema alienación de Asia, a la que convirtió en el Otro y en un objeto de agresión.

No faltaron, por supuesto, tendencias de pensamiento y movimientos anticonvencionales, pero nunca lograron invertir o siquiera moderar sustancialmente el curso de la nación. Los críticos tendían, además, a defender distintos modos de adaptarse a la modernidad, no un proyecto para superarla. Los ultranacionalistas y los fascistas fueron excepciones. Probablemente fue la preocupación por esta carencia general la que hizo que un pensador como Takeuchi Yoshimi (1910-1977), estudiante de Lu Xun con una actitud hacia Asia muy distinta de la de Fukuzawa e incluso de un contemporáneo altamente estimado como Maruyama Masao, expresase cierta simpatía por los esfuerzos de la Escuela de Kioto¹¹. Los propios miembros de la Escuela de Kioto han sido acusados de connivencia con el fascismo japonés, pero no fue tanto un objetivo ideológico consciente como la insuficiente atención prestada a la adaptación efectiva a la modernidad (incluidos los valores modernos más positivos) lo que arruinó sus esfuerzos.

¹¹ Un conciso tratamiento del simposio de Kioto de 1942 sobre «La superación de la modernidad», en el que participaron Takeuchi, Maruyama y otros, es el ofrecido por Wang Chaohua, «Modernity in East Asia», en Maryanne Cline Horowitz (ed.), *New Dictionary of the History of Ideas*, Nueva York, 2004, pp. 1482-1484.

Si la sociedad japonesa en su conjunto ha adoptado o no una actitud esencialmente distinta en los años de posguerra es objeto de debate. Los círculos dominantes ciertamente no parecen haber abandonado la línea básica de «salir de Asia y unirse a Europa», pero sustituyendo Europa por Estados Unidos y renunciando a la agresión directa contra sus vecinos asiáticos. Para mérito suyo, sin embargo, Japón lleva setenta años sin entrar en guerra, se ha mantenido más o menos estable y democrático, ha disfrutado de mayor prosperidad económica que nunca, y en general disfruta de un elevado prestigio internacional de miembro bien adaptado al sistema-mundo moderno. ¿Indica esto que no hace falta ningún intento real de superar la modernidad para alcanzar una buena adaptación?

La cuestión merece un análisis más amplio. En mi opinión, la constitución de la paz en sí misma, aunque impuesta por los conquistadores estadounidenses¹², conllevaba un proyecto de construir algo distinto del moderno Estado-nación *normal*; y el Japón de posguerra contempló muchas iniciativas políticas, sociales e intelectuales dirigidas a alcanzar una sociedad poscapitalista. Los actuales esfuerzos realizados por el gobierno para hacer de Japón un país *normal*, es decir, capaz de declarar la guerra como cualquier Estado ordinario al tiempo que mantiene e incluso agrava una relación que dista mucho de ser normal con una de sus prefecturas, Okinawa, pueden indicar que a estas alturas el potencial opositor se ha agotado en gran medida. No deberíamos apresurarnos, sin embargo, a desahuciar todas las posibilidades más saludables, en especial si los acontecimientos en la península de Corea pueden ayudar a fomentar, como en años recientes han sido incapaces de hacer, los esfuerzos de la población japonesa por defender el Artículo 9, sus movimientos de base después del desastre de Fukushima a favor de una sociedad desnuclearizada y la lucha de Okinawa por obtener mayor autonomía y justicia¹³. En todo caso, va siendo hora de que el pueblo japonés reflexione sobre la propuesta de que incluso la causa de una buena adaptación exige atención al otro aspecto del doble proyecto.

¹² Lo que no significa que no estuviese relacionada con las aspiraciones populares tanto antes como después de la guerra; en especial, ha sido la resistencia popular la que hasta ahora ha obstaculizado los intentos de enmendar el famoso Artículo 9, que prohíbe los actos beligerantes por parte del Estado japonés.

¹³ Las fuerzas populares que se resisten al atropello por parte del gobierno de los derechos y los deseos de la población de Okinawa alcanzaban recientemente una victoria significativa cuando en las elecciones a gobernador celebradas en noviembre de 2014 un candidato (personalmente conservador) contrario a la construcción de una nueva base estadounidense en Henoko derrotó al gobernador saliente, que había aprobado el plan.

En cuanto a China, no hace falta ser un experto para ver que ha recorrido una senda hacia la modernidad muy distinta. Después de la Guerra del Opio de 1840, el país, que durante siglos se había situado a sí mismo en el centro del mundo, sufrió repetidas humillaciones a manos de las naciones modernas establecidas y cayó en una condición semicolonial. Incluso tras la creación de la RPC tuvo que soportar largos años de dificultades internas y aislamiento internacional. En una palabra, China era el atrasado, mientras que Japón se había convertido en el alumno avanzado y modelo.

La imagen parece muy distinta hoy en día, sin embargo. China ha logrado construir un Estado fuerte y unificado y en décadas recientes también una formidable economía, y hoy disfruta de gran prestigio e influencia en el ámbito internacional. Buena parte de esto se ha conseguido, notablemente, en nombre de trascender la modernidad capitalista, no de acceder a ella. Ciertamente sigue siendo debatible si el «socialismo con características chinas» del que se jactan las autoridades de Pekín no es más que otra forma de llamar al «capitalismo con características chinas». Pero si comparamos China con la Rusia postsoviética, debemos admitir que ha conseguido conservar muchos más legados de la revolución socialista¹⁴, mientras que la Revolución bolchevique –no es que pueda decirse tampoco que *sus* legados han sido eliminados por completo– parece haber servido principalmente para diseñar la entrada de Rusia en la economía moderna mundial¹⁵. Quizá esto corrobore la especificación del doble proyecto de que la superación de la modernidad debe suponer un trabajo correspondiente de adaptación, al igual que el éxito en esta última necesita estar respaldado por un proyecto de superación debidamente meditado y aplicado.

¿Estaría la Revolución China abierta a un veredicto similar? En parte, ciertamente sí, como en la perspicaz observación hecha por Wen Tienjun de que las políticas socialistas en la China moderna, incluso la Gran Revolución Cultural, fueron en esencia un momento en la acumulación primitiva de capital de China y la ideología revolucionaria sirvió para reclutar a la población para trabajos no remunerados¹⁶. El propio

¹⁴ Una ilustrativa comparación entre la trayectoria rusa y la china es la de Perry Anderson, «Dos revoluciones: notas de borrador», *NLR* 61, marzo-abril de 2010.

¹⁵ Immanuel Wallerstein, «Marx, Marxism-Leninism, and Socialist Experiences in the Modern World-System», en *Geopolitics and Geoculture: Essays on the Changing World-System*, Cambridge, 1991, p. 97.

¹⁶ Wen Tiejun, *Paek nyõn ùl kùpchin* [Cien años de radicalismo], edición y traducción al coreano por Kim Chingong, Paju, 2014.

Wen conserva la esperanza de que China, que ha completado más o menos ese proceso, pueda ahora embarcarse en un curso cualitativamente diferente del tomado por la modernidad occidental, con nuevas funciones históricas para su población rural. Pero a diferencia de contemporáneos de la «nueva izquierda» más optimistas, como Wan Hui y Cui Zhiyuan, Wen muestra mayor recelo ante las presiones del capital financiero mundial, con el que la economía china se ha involucrado¹⁷, y deja abierta la posibilidad de que dichas presiones puedan aún sofocar sus esperanzas. No ha llegado todavía el momento del veredicto final.

La senda de Mao

¿En qué medida derivan los éxitos chinos de la forma característica de superación de la modernidad por parte de Mao Zedong, en la que difería de los bolcheviques? En muchos aspectos fue incluso más impaciente e impetuoso en el intento de aplicar el socialismo y una «revolución cultural proletaria». Por otra parte, no aceptó la ortodoxia estalinista de que, con el Partido Comunista en el poder, en su país se había acabado el capitalismo. Y tampoco, como Lenin y Trotski, esperaba que las revoluciones en los países capitalistas avanzados asegurasen la supervivencia y el éxito del socialismo en China. Por el contrario, confiaba en el pueblo chino y, en menor medida, en los pueblos del Tercer Mundo, para aplicar su versión del doble proyecto.

La estrategia de desarrollo de Mao –aunque no su «pensamiento» como guía oficial– ha sido descartada de hecho por los actuales dirigentes chinos. Si bien el Partido conserva el poder estatal, difícilmente representa el elemento más valioso del legado de Mao. Mucho más dignas de estudio en ese legado serían su negativa a identificar la captura del poder por parte del Partido con el fin del capitalismo propiamente dicho, su confianza en la resistencia y la habilidad de la gente común en China, en especial la población rural, y –a pesar de un pronunciado antitradicionalismo– su saturación de tradiciones culturales del Este asiático y la versátil movilización de estas¹⁸. Pero, por supuesto, el pueblo chino siempre necesitará

¹⁷ Hung Ho-fung, «China, ¿la criada de Estados Unidos?», *NLR* 60, enero-febrero de 2010, ofrece un incisivo análisis de esta involucración (subordinada).

¹⁸ Y este no es tampoco un mero rasgo personal, porque, como agudamente comenta Perry Anderson, «la tradición imperial de China siempre había puesto más énfasis sobre el adoctrinamiento que sobre la coerción como instrumento de gobierno, por más despiadado que fuera el ejercicio de la violencia cuando surgía de la necesidad o del capricho. La idea de la Revolución Cultural –cambiar las mentes para cambiar

atender cuestiones en gran medida descuidadas por Mao, como la necesidad de imponer restricciones institucionalizadas al gobierno arbitrario y la reflexión crítica sobre el arraigado chinocentrismo y los derechos civiles fundamentales (incluidos algunos valores «burgueses», como la libertad de expresión). Necesitará también abordar problemas aparecidos en la época posterior a Mao, como las notorias desigualdades y la corrupción, la destrucción medioambiental, etcétera. Debido al enorme tamaño de China y a las interconexiones mundiales de muchas agendas nacionales, la suerte de los chinos en estos esfuerzos, su propio doble proyecto, tendrá un enorme impacto en el futuro de todo el mundo.

A pesar del peso de China en el mundo, sin embargo, ese impacto – de hecho, el grado de su propio éxito– variará mucho dependiendo de lo que ocurra en Japón y en la península de Corea, y de cómo avance Asia oriental en su conjunto. Las conjeturas acerca de la transferencia de hegemonía de Estados Unidos a China pasan por alto dos elementos cruciales: en primer lugar, el hecho puramente empírico de que a China le falta mucho para acercarse a Estados Unidos en lo referente al poder nacional (aunque la brecha del PIB se está cerrando con mucha rapidez, se trata de un criterio anacrónico)¹⁹; en segundo lugar, la posibilidad real, aunque no la certeza desde luego, de que el sistema-mundo capitalista haya alcanzado su crisis terminal, en la que debemos esperar un periodo de crecientes trastornos a partir del cual emergerá un sistema completamente nuevo de organizaciones regionales y planetarias, no una potencia hegemónica sucesora.

La proyección histórica de las posibilidades hegemónicas parecería considerablemente distinta si se tomase Asia oriental en su conjunto (incluidos Japón, Corea del Sur y Taiwán, o también el sureste asiático) como el término de comparación con Estados Unidos (o Norteamérica). Dicha combinación es una perspectiva irreal para el futuro inmediato. Pero debemos ponderar el problema en conjunción con el segundo aspecto, a saber, la necesidad de establecer un orden regional y planetario cualitativamente distinto si queremos que el mundo no se deslice más en el caos, avanzando posiblemente hacia un sistema aún más antidemocrático y desigualitario que el capitalismo. Las probabilidades se hacen a este respecto mucho más amplias y más verdaderamente

las cosas, como si las concepciones intelectuales determinaran las relaciones sociales– debía más a las ideas de Confucio que a cualquier idea marxista sobre el cambio histórico». Véase «Dos revoluciones: notas de borrador», cit., p. 64.

¹⁹ Sean Starrs, «The chimera of Global Convergence», *NLR* 87, mayo-junio, 2014 [ed. cast.: «La chimera de la convergencia global», *NLR* 87, julio-agosto, 2014, p. 85.

mundiales: ya no se trata meramente de si una región o un conjunto de naciones pueden superar a Occidente o a Estados Unidos o si un «siglo asiático» sucederá al americano. Sin rechazar las funciones de Estados y corporaciones, debemos esperar que los *pueblos* de Asia oriental (y de otras partes) efectúen el doble proyecto de acuerdo con las condiciones dadas de países y localidades concretos.

En este contexto, el proyecto específicamente coreano de superar su división –un proyecto para reformar las infracciones de los respectivos Estados y remediar sus deficiencias formales mediante la reintegración por fases de la península para construir una estructura estatal innovadora– puede situarse en primer plano como una crucial tarea regional y mundial. Porque ni China ni Japón cambiarán con facilidad por propia iniciativa el actual curso de creciente nacionalismo y confrontación mutua. De valiosísima y quizá indispensable ayuda serán los estímulos y los ritmos establecidos por Corea, más pequeña pero críticamente situada, a medida que reactive su particular doble proyecto²⁰.

Horizontes teóricos

Como cierre, me gustaría hacer dos sugerencias teóricas tentativas. La primera es que el doble proyecto requerirá en nuestro tiempo unos usos más que tácticos de los legados civilizacionales de Asia oriental. He comentado antes que la noción de doble proyecto ya estaba implícita en el enfoque dialéctico dado por Marx a la era burguesa. Pero hemos llegado a un punto de la historial global en el que nuestra búsqueda debe extenderse a ámbitos apenas accesibles para Marx, el europeo del siglo XIX. A medida que la lucha por la igualdad material se vuelve más urgente y fundamental no solo para la batalla por la democracia, sino también para la supervivencia misma de la civilización humana, necesitamos idear una nueva forma de organizar una sociedad igualitaria. Dicha sociedad tendrá, por un lado, que basarse en la educación autodidacta o, mejor, en la educación mutua de personas con grados *desiguales* de conocimiento y experiencia reflexiva, pero no al modo en el que los reyes filósofos guiaron a los demás, y ni siquiera en la forma moderna aprobada de la meritocracia, que meramente proporciona un elemento de movilidad personal dentro de una jerarquía familiar fija. Por supuesto, Asia oriental no ha producido dicha sociedad a gran escala, como tampoco

²⁰ Digo «reactive» porque parte de dicho proceso, a pesar de todos los zigzags, se mantuvo durante aproximadamente veinte años a partir de 1987.

lo han hecho otras civilizaciones. Pero sus pensadores han albergado una concepción de la verdad que debe diferenciarse de «la verdad» como validez proposicional; la cual, en su combinación de lo cierto, lo bueno y lo hermoso, puede servir de medida para determinar diversos grados de sabiduría, o iluminación del *dao*, siempre teniendo en cuenta que la concepción antigua puede renovarse incorporando, y trascendiendo, el análisis racional moderno y la deconstrucción *posmoderna* de la verdad en sí²¹.

En segundo lugar, para que el doble proyecto pueda ser considerado una noción aplicable globalmente, ¿no debería demostrar también su capacidad de ilustrar la construcción inicial de la modernidad? ¿No implicó la construcción misma de la modernidad en la Europa occidental a partir del siglo XVI tanto la adaptación al capitalismo como los esfuerzos por superarlo?²². No me refiero solo a la resistencia al nuevo sistema en defensa del viejo, sino a un esfuerzo consciente por superarlo aun reconociendo al mismo tiempo la inevitabilidad de su aparición. El tratamiento adecuado de esta cuestión exige una erudición y una perspicacia excepcionales de las que yo carezco. Pero no logro imaginar que el sistema-mundo moderno haya surgido de un diseño decidido de construir un sistema social basado en el principio de la acumulación infinita de capital, y no como resultado de esfuerzos más complejos y variopintos, incluidos objetivos que no podrían cumplirse dentro del marco del capitalismo, como ocurrió en la (más reciente) Revolución Francesa, con sus ideales de libertad, igualdad y fraternidad. Esta hipótesis puede obtener cierta credibilidad de las complejas visiones de grandes escritores modernos: por ejemplo, las insinuaciones de Shakespeare respecto a la inevitabilidad de la transición histórica y las trágicas pérdidas que eso supone; *El Quijote* de Cervantes, cuyo protagonista empieza como una caricatura de fracaso adaptativo, pero acaba ganando un cierto respeto por su tenaz negativa al mero cumplimiento; o, en la Alemania tardíamente desarrollada, el compromiso más autoconsciente de Goethe con algo cercano al doble proyecto en su presentación del héroe fáustico²³. Es un tema que habría que ahondar.

²¹ Véase Paik Nak-chung, «Coloniality in Korea and South Korea's Project for Overcoming Modernity», *Interventions*, vol. 2, núm. 1, 2000, pp. 84-85.

²² Aquí podría plantearse la cuestión de si, en lo que al momento inicial del capitalismo se refiere, «lograr la modernidad» no sería un término más adecuado que «adaptarse a la modernidad». Ello es ciertamente discutible, pero he preferido no revisar mi expresión porque la objeción teórica a suponer la plena deseabilidad de la modernidad sería aplicable desde el principio y también porque, en lo que a la historiografía se refiere, es prácticamente imposible determinar el «momento inicial» en el que se «logró» y comenzó a existir el capitalismo, inexistente hasta entonces.

²³ Im Hongbae (林洪倍), «Koete ga yegamhan kundaе üi ijung kwaje» [El doble proyecto de la modernidad presagiado por Goethe], *Changbi quarterly*, vol. 162, invierno de 2013.